

Juanma Fernández

España, aula infantil

Con la previsible aproximación al final de la pandemia de covid-19, se rompe también un estado de las cosas, un hacer política, que al Gobierno central y a algunos autonómicos les está costando aceptar. En pandemia, los Ejecutivos entendieron que tenían que explicar al ciudadano las medidas antes que obligarle a aplicarlas porque sí, y de ahí se pasó a un didactismo casi infantil muy acomodaticio para algunos. Que nos traten como a niños y niñas ha transmutado en que no nos pongan horizontes para ir dándonos las galletitas paso a paso, y claro, a ese futuro incierto de recuperación de la vida 'normal' se le ha instaurado cierta lógica desesperación. Pero es que a esa incertidumbre se le añade la falta de certezas sobre hasta qué punto necesitamos un tipo u otro de medidas para contener la pandemia. Buen ejemplo de ello ha sido el reciente circo de las limitaciones a los bares y las discotecas, donde a los españoles se nos dijo en apenas unos días que la clave era cerrarlo todo pronto y, poco después, que lo mejor era abrirlo según cada comunidad lo considerara. En medio, por supuesto, quedaban las ansias de socializar y sobre todo, el miedo de los 1,7 millones de trabajadores de la hostelería que tiene España. Y tan cierto es que los bares en interiores son una zona de alto riesgo de contagio covid, como que esa circunstancia no impide hacer una planificación de la viabilidad de este sector clave con más acuerdo, valentía y realismo.

Pero esta infantilización no termina ahí. Tenemos honrosos capítulos pendientes como la retirada de las mascarillas obligatorias al aire libre o la apertura de las agendas de vacunación fuera de los tramos de edad. Cambios sustanciales en la vida diaria cuyos plazos habría que empezar a anunciar ya, sean más o menos lejanos, en lugar de convertirlos en un arma para hacer campaña política, calibrando cuándo anunciarlos para que los gobernantes parezcan más amigables o responsables con la salud. Ámbito con el que han jugado en todos estos meses para destacar su adhesión a una forma de ver el mundo, que, por cierto, no coincidía por exceso o defecto con la de la mayoría. Si algunas medidas higiénicas sobrevivirán a la pandemia, otras como este aula infantil donde parece que estamos los ciudadanos, debería desaparecer para siempre.

@juanmafe

Antonio López Peláez

Democracia y políticas del cuidado

La necesidad de cuidar a nuestros conciudadanos debe ser un aspecto fundamental de la democracia. Las políticas del cuidado tienen que evitar sesgos y sumar perspectivas

Las políticas del cuidado son interesantes, entre otros muchos motivos, porque ponen a nuestros conciudadanos en el centro del debate público. Cuando hablamos de los cuidados, hablamos de personas a las que cuidar, y de personas que cuidan. De instituciones en las que se cuida, de ciudadanos a los que se atiende y que nos evalúan, y de profesionales del cuidado. Nos obligan por tanto a estar pendientes, a salir de nosotros mismos, a tomar como referencia el bienestar y el interés de los otros (que, además, porque son ciudadanos, tienen voz y voto sobre las políticas del cuidado). Para cuidar, hay que estar entrenado. Y para aprender de nuestros errores, también hay que estar entrenado.

Las políticas del cuidado cambian nuestra mirada sobre los demás. Primero, nuestros conciudadanos cuentan, y pueden evaluarlos y cambiar. Segundo, sus necesidades y las nuestras son las que son, el diagnóstico es importante, más allá de nuestras prioridades y de nuestra ideología. Tercero, al afrontar las necesidades, resolvemos problemas, generamos oportunidades, pero también nuevos problemas emergen.

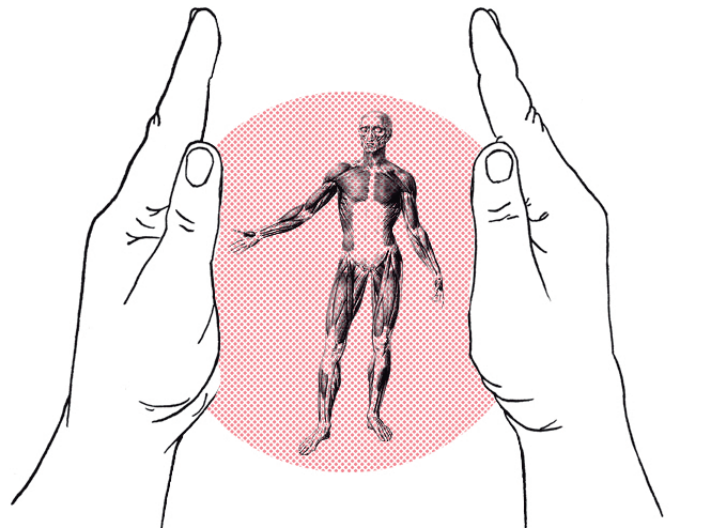
Eso implica estar siempre pendientes de las consecuencias negativas no previstas de nuestras intervenciones, en un proceso de

«La legitimidad de nuestros conciudadanos demanda unas políticas del cuidado que les tengan en cuenta»

monitorización permanente. Cuando cuidamos a alguien, es importante ir más allá de nuestros intereses, y abrirnos a los demás. Al cuidar, aprendemos a reajustar, introduciendo la perspectiva del conciudadano.

La legitimidad de nuestros conciudadanos demanda unas políti-

cas del cuidado que les tengan en cuenta, que no les anulen, que se adapten a sus prioridades, y en las que participen. No se parece mucho a las campañas electorales, en las que nuestros líderes, tanto en los medios de comunicación como en la política, insisten en decirnos cómo pensar, quién es legítimo. Y regañan a quien no les vota o directamente insultan a las mayorías que no les son sumisas. Opuestamente a este modelo de legitimación basado en la negación del otro, las políticas del cuidado reclaman otra aproximación a la realidad, mucho más cercana



KRISIS'21

a la experiencia cotidiana en los servicios sociales.

Frente a una visión sesgada de nuestro contexto, dirigida a crear opinión y legitimar nuestras posiciones, las políticas del cuidado, y las profesiones de ayuda, son mucho más orteguianas. Se basan no en los sesgos (que nos ofrecen una imagen deformada e interesada de la realidad, una intención), sino en lo que Ortega y Gasset llamaba perspectiva. No se trata de reducir la realidad a mi forma de pensar y a mi afán de poder. Al contrario, se trata de sumar perspectivas para tener una visión más adecuada de una sociedad compleja, en la que los ciudadanos legítimamente demandan y aspiran a su propia trayectoria. El sesgo limita y acota, la suma de perspectivas (o posiciones) describe mejor nuestra superdiversidad, amplía nuestra mirada y potencia nuestra acción.

Pensando en una lógica de los cuidados, es importante reducir los sesgos y la manipulación ideológica orientada a la conquista del poder, y ampliar nuestras perspectivas sobre una realidad compleja. La experiencia en las profesiones de ayuda pone de relieve la ventaja que tiene reducir sesgos y sumar perspectivas. Y sinceramente, creo que merece la pena. Es mejor cuidar que conquistar, o, dicho de otra forma, la mejor forma de conquista es el cuidado, que garantiza la diversidad y la autonomía de cuidadores y personas a cuidar. Por eso, la democracia de los cuidados, basada en unos servicios sociales eficaces y en unas políticas del cuidado integradoras, es la mejor respuesta a los derechos de los ciudadanos.

Antonio López Peláez es catedrático de Trabajo Social de la UNED

EN SACO ROTO | Por Juan Domínguez Lasierra

Noventa y seis

Que un amigo llegue a los 96 años de edad es circunstancia que bien merece celebrarse. Y lo hicimos con otros muchos amigos

Son ya 96, noventa y seis años. Los cumple Juan de Sahagún, mi querido hermano, rodeado de amigos en una comida. Reconoce que es un privilegiado, y los que somos sus amigos nos beneficiamos de eso. Nos habló a los postres, y sus palabras nos emocionaron a todos, gente curtida en muchas batallas. Si las piernas le fallan, la cabeza la tiene indemne y abierta siempre a la amistad, a la comprensión, a la vida. Da ejemplo a los escépticos, a los abrumados, a los fatalistas. Es un faro que ilumina con su esperanza de que alguien, al otro lado, nos espera.

En el txoko de Pepe Díaz nos reunimos trece más uno. No hay supersticiosos. Fernando, el páter

segundo, fue el cocinero. No sé si fue cocinero antes que fraile, pero nos sirvió una comida espléndida, eso sí, ayudado por unos cuantos pinches. Es que todos querían ser pinches de Fernando: M. Fontenla, V. Merino, M. Rigual, el propio Pepe Díaz. El colofón lo puso Pitico (que así llaman a Reija), con su habitual galleguísima queimada. Aunque hubo otro postre, la ilustración musical de Ana y David, al piano y al violín, que interpretaron clásicos y modernos, a petición de los reunidos, desde una cantata de Bach a boleros de Machín, desde el adagio de Albinoni a 'Las hojas muertas', en recuerdo de un ausente, Manuel Tramullas, que la cantaba en estas amistosas reuniones.

Había deportistas, del tiempo de los Magníficos, y médicos, que han aportado su granito de arena a que Sahagún esté en la forma en que está: Ruiz Tapiador, Calatayud, Peleato, López Burbano, A. del Río, Tejero Garcés, A. Gracia, J. L. Felipe... J. L. Felipe estuvo sentado a mi lado, y demostró ser tan oftalmólogo como narrador. Nos amenizó la pitanza. Y su diálogo con V. Calatayud, del que fue discípulo, chispeaba. Es que las opiniones de Calatayud echan chispas. El Dr. Felipe era el único fumador del grupo, y con él compartí alguna salida a la calle, para cumplir con el vicio.

Fontenla, sentado a mi otro lado, recordó unos articulillos míos, de otro encuentro anterior, sobre

la Rue del Percebe. Esta vez no hubo percebes. Pero no los eché en falta porque las estrellas de la pitanza fueron también superiores. Hablamos de una compañera de estas páginas, Cristina, que lleva su apellido. Seguro que es gallega, o procede de Galicia, porque es apellido galleguísimo. Prometí que se lo preguntaría a Cristina.

Con mi colega Merino hablamos de la prensa. Aunque Vicente, desde que se jubiló, ha roto las amarras. Ahora se dedica a los nietos. No como otros, que aún seguimos amarrados.

A media tarde, dejé en el txoko a algunos incombustibles. Jugando al mus. Me dicen que el campeón es siempre el cumpleañero. No sé si es que se dejan ganar para celebrar al decano. Aseguran que no.

De camino a casa, que hice a pie para rebajar, con un calor mayúsculo, atravieso el Actur, esa otra Zaragoza que desconozco, y cruzado el Ebro, me oriento a mi retiro gracias al obelisco al final del puente de la Almozara. De algo ha de servir un obelisco en Zaragoza.